

# BOLETIN DEL CLERO

DEL

## OBISPADO DE LEON.

### AÑO DE 1869.

---

# Tomo X.

---



LEON.—1869.

Imprenta y lit. de Manuel G. Redondo.

BOLETIN DEL CLERO

DE

OBISPRADO DE LEON

AÑO DE 1869

Tomos X



BOLETIN



DEL CLERO

DEL

## OBISPADO DE LEON.



NOSEL DR. D. CALISTO CASTRILLO Y ORNEDO  
POR LA GRACIA DE DIOS Y LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO  
DE LEON, ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, CONDE DE CO-  
LLE, SEÑOR DE LOS LUGARES DE LAS ARRIMADAS Y VEGAMIAN,  
CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISA-  
BEL LA CATÓLICA, COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA DE  
CÁRLOS III, ETC.

*Al venerable Clero y fieles de esta nuestra Diócesis, salud y gracia  
en nuestro S. J. C.*

En nuestra carta pastoral de fines de Octubre último, cuando excitamos vuestra piedad para dar gracias á Dios nuestro Señor por el orden y tranquilidad de que habíamos disfrutado bajo el amparo y proteccion de las autoridades y ante la sensatez del pueblo Leonés, al pedirnos encarecidamente que viviéseis y permaneciéseis en paz unidos en el amor de Dios, os recordamos que una debía ser vuestra fé, como timbre glorioso y la mejor herencia que os legaron vuestros padres y ellos recibieron de sus progenitores, en defensa de la que hicieron heróicos esfuerzos. Cumpliendo hoy con el ministerio Apostólico que nos estrecha á defender las creencias Católicas hasta con el sacrificio de nosotros mismos con for-

taleza y prudencia cristianas como os decíamos en aquella misma carta, nos sentimos precisados á dirigiros de nuevo nuestra voz pastoral y amorosa, porque el Señor ha permitido que se hayan empezado á aclarar las cosas que entonces considerábamos como escondidas, y se ha llegado á conocer hasta donde se avanzan contra los dogmas de la fé no pocos de nuestros hermanos en J. C. extraviados, que no reparan en propalar los errores mas clásicos contra la doctrina del Evangelio, y en proclamar la libertad de cultos con intento de separarnos del centro de la unidad católica, rompiendo con violentos ataques y seductoras ideas ese vínculo inquebrantable que uniéndonos á todos bajo la direccion y enseñanza del Vicario de Jesu-Cristo en la tierra asegura la salvacion eterna de nuestras almas, siguiendo incorporados en fé y espíritu á la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, que es la única verdadera. Para afirmaros en esos propósitos de fé perseverante y de unidad católica, oid lo que brevemente enseña la historia del mundo redimido y salvado al sumo precio de la sangre del Divino Redentor.

Hubo un tiempo en que los hombres olvidados de las primitivas tradiciones, que ilustrándoles con la luz de unas mismas verdades reveladas les mostraban un mismo sobrenatural, eterno y feliz destino, vinieron á quedar envueltos en las tinieblas de la mas lamentable ignorancia, hasta el punto de confundir la idea de Dios entre la turba de los dioses del politeísmo, ó desfigurarla y destruirla con las abominables supersticiones de la idolatría. El género humano se había apartado de su feliz destino y corria á su perdicion por sendas estraviadas; pero Dios, que habia dispuesto salvarle, quiso preparar desde luego los caminos del Salvador. Elige entre todos un pueblo; suscita legisladores y profetas que le gobiernen y le hablen en su nombre; que le ilustren con todo género de prodigios y al paso que le renueven la revelacion primera, le anuncien el porvenir, y le recuerden á todas horas que «uno solo es Dios» (Deut. 6, 4) á quien es deudor de tantos beneficios; uno, por tanto, el culto que puede serle grato, culto que de ellos exige, prometiéndoles toda clase de bendiciones si per-



severan fieles, y anunciándoles toda suerte de desgracias si se hacen prevaricadores.

La historia del pueblo judío habla con sobrada elocuencia en este punto. Este pueblo no era, sin embargo, mas que una sombra, una figura del que habia de ser por siempre el gran pueblo de Dios, y las sombras debian desaparecer ante la ley, y la figura ceder el lugar á la realidad, al figurado. Cúmplense por fin los tiempos de preparacion, y aparece entre los hombres, *el deseado de las naciones, el hijo de la Virgen, Dios con nosotros*. Los ángeles anuncian su venida, y él se deja ver, niño tierno, en un portal de Belen. La mision que trae es «iluminar á todos los que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte» [Luc. 1. 79]; «salvar todo lo que habia perecido» (Math. 18, 11); «atraer todas las cosas hácia sí» (Joan. 12, 32); y para eso sufrirá por amor al hombre todo género de tormentos hasta espirar en una cruz, levantada sobre un monte, para que pueda ser vista de todas las naciones. En derredor suyo se agruparán todos los que quieran salvarse, de modo que formen «un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor» [Joan. 10, 6.] El que no sea, pues, iluminado en la ley de la doctrina de Jesucristo ese permanecerá en tinieblas, todo el que no sea salvado por Jesucristo quedará perpetuamente perdido; el que no venga á los piés de Jesucristo crucificado, el que no habita dentro de su redil, andará siempre extraviado y perecerá.

Jesus es el divino y eterno pastor; pero como no habia de estar siempre visible entre sus ovejas, era preciso que dejara quien hiciera sus veces; así que, rodeándose de doce pobres pescadores y constituyendo á uno de ellos Vicario suyo fundamento de su Iglesia, Pastor universal, les dice: «de la misma manera que yo he sido enviado por mi Padre, os envio yo á vosotros» (Joan 20. 21), para que continúeis la mision salvadora que he traído: «me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, id, pues, predicad el Evangelio á todas las gentes enseñándolas á guardar todo lo que yo os he mandado (Math. 28) el que creyere y fuere bautizado, se salvará; el que no creyere, se condenará» (Marc. 16, 16). De esta manera tan admirable llevó Jesucristo á cabo la obra de la re-

dencion y salvacion de los que quieran salvarse hasta el fin de los tiempos: por la fé en su doctrina mediante la predicacion de la Iglesia, bajo el régimen de un solo pastor vicario suyo.

Llamado, no por mérito alguno nuestro, sino por la gracia de Dios y de la Santa Sede, á participar como sucesor de los Apóstoles de la solitud pastoral de Pedro, tambien se nos ha intimado el divino mandato: «id y enseñad la doctrina que yo os he mandado:» y seriamos infieles á esta divina mision si callásemos y no tratásemos de dar cuenta y defender siempre el depósito de fé que se nos ha confiado. Por eso, y á fin de no tener que lamentarnos otro dia como el profeta Isaías: «¡ay de mí! porque he callado,» debemos levantar y levantamos hoy nuestra voz paternal para confirmaros mas y mas, A. H., é H. en la fé que habeis recibido y profesais, previniéndoos al mismo tiempo contra todos los falsos maestros que de mil maneras, por escrito y de palabra, tratan de apartaros de la senda que habeis seguido hasta aquí.

Ya nos advirtió San Pablo de lo que está sucediendo (II Tím. 3.): «vendrán tiempos peligrosos, en los que aparecerán hombres soberbios, blasfemos, amadores de sí mismos y de los placeres, mas que de Dios, y simulando piedad... pero no les creais... estos seductores irán de mal á peor, errando y arrastrando á otros al error.» Tiempos muy parecidos son los que atravesamos: nuevos doctores que tienen siempre en sus labios la palabra «católico» que se dicen mas católicos que los Obispos y el Papa, predicán una doctrina contraria á la doctrina de la Iglesia, y con especiosas teorías procuran arrancar de todo corazon verdaderamente católico los sentimientos de piedad, de amor y de veneracion á las cosas santas, calificándolos de fanatismo y proclamando que para ser feliz es preciso emanciparse de la tutela de la Iglesia, nuestra madre, y admitir la libertad de cultos, suponiendo que sin ser obstáculo á nuestra salvacion, nos traerá todo género de bienes temporales. De esta manera hablan, pero no os dejeis engañar A. H. é H. en J. C.: juzgad cuales serán sus intentos cuando negando y pretendiendo que negueis la fé divina, quieren nada menos que creais como oráculo infalible sus

palabras. San Judas dice de tales doctores que son «nubes sin agua, traídas acá y allá por los vientos, árboles de otoño infructuosos, dos veces muertos, desarraigados; astros errantes á los que espera la tempestad de las tinieblas eternas.»

No, no les creais; permaneced mas bien firmes, segun el consejo del Apóstol, en la doctrina cristiana que habeis aprendido. Rechazad, como peligrosa á vuestra salvacion y la de vuestros hijos, toda idea de libertad de cultos; por que no puede haber mas que uno que sea grato á Dios, puesto que uno solo es Él, uno solo Jesucristo, nuestro salvador, una sola la fé, y solo unos los sacramentos; y á Dios no se va sino por Jesucristo y á Jesucristo por la fé. Sin la fé es imposible agradar á Dios; pero no una fé segun el criterio individual, sino esa fé de que dice San Pablo (Rom. 10, 15): «¿cómo creerán sino se les predica? y ¿cómo predicarán sino han recibido esa mision?» Ahora bien; esa mision no la ha recibido sino la Iglesia, aquellos á quienes se dijo: «id y enseñad.»

Perseverad, pues, unidos á la Iglesia en esa fé, única que os ha de salvar. Si así no fuera, si además de la doctrina de Jesucristo predicada por la Iglesia, hubiera otra doctrina salvadora, ¿para qué habria venido Jesus á padecer y morir? Para qué habria fundado la Iglesia y dado á los Obispos el encargo de gobernarla con subordinacion á Pedro, y para qué habria constituido á este Pastor universal? ¿Para qué les habria dado, y á qué vendria á reducirse el encargo de predicar por todo el mundo, conminando con la condenacion eterna al que no quisiera creer?

No querais engañaros: fuera de la Iglesia no hay salvacion para el que *culpablemente* muere separado de ella. Esta ha sido la fé de todos los tiempos. Entre todos los PP. que pudiera citaros, solo os pondré por delante el testimonio de San Fulgencio: en su libro de *Fide ad Petrum*; «Ten por cierto, dice, y no dudes de modo alguno que los hereges y cismáticos.... aunque dieran su sangre por el nombre de Jesucristo, sino mueren en el seno de la Iglesia, de ninguna manera se pueden salvar.» Y antes (cap. 38,) habia dicho: «no solamente los paganos, sino los hereges y cismáticos, que acaban su vida fuera de la Iglesia católica, irán al fuego eterno.»

Y no puede ser de otra manera; porque ni Mahoma, ni Lutero, ni Calvino, ni ningun otro reformador ha muerto por el hombre: solamente Jesucristo ha pagado nuestras deudas, y ninguno á quien no se apliquen los tesoros de sus méritos, dejados en poder de su Iglesia, ninguno puede entrar en el reino de los cielos.

Ni se alegue que en algún caso extraordinario la prudencia y la caridad aconsejen, para evitar mayores males, permitir el libre ejercicio de diversos cultos en un mismo país. Afortunadamente, nosotros no nos hallamos en este caso; y nuestra España feliz y venturosa fué despues que en las Navas y otras famosas batallas se salvaron identificadas la unidad religiosa y la independendencia española, como ha subsistido desde la expulsion del resto de la morisma hipócrita, sediciosa y avara. Las problemáticas riquezas, con que algunos sueñan y pretenden sin duda alucinaros, nada son: los extranjeros no vendrian seguramente, á nuestra patria por el gusto de derramar en ella sus tesoros, sino con la esperanza de explotarla en propio provecho, como hacen en otros paises, á que van estendiendo su dominacion. Lo que harian, si, era traernos con sus falsas religiones, las discordias y las divisiones y con ellas aumentar nuestros infortunios; porque escrito está que «toda ciudad, ó toda casa, dividida contra sí misma no subsistirá.» (Math. 12.) Vosotros los que seais pobres, pobres quedariais, mucho mas si llegabais á perde: los tesoros de fé y de santa esperanza con que ahora son ricas vuestras almas. Y ¿qué valen todas las riquezas del mundo, si han de poner en peligro nuestra salvacion?

No, nó permitamos que se rompa nuestra unidad católica, fuente de nuestra verdadera grandeza: no lo permitamos, porque seríamos criminales, sin que nada nos pudiera disculpar. Todos en este suelo privilegiado hemos sido regeneradores con las aguas de un mismo bautismo: todos estamos afiliados bajo las banderas de la milicia de Jesús: todos nos prostamos ante unos mismos altares: todos estamos unidos en una misma esperanza: todos debemos amarnos con verdadera caridad, y por tanto no debemos querer que ninguno reniegue de su Salvador y se declare desertor para ir á alistarse.

se bajo las banderas de un tirano, que no le ha de dar recompensa alguna, sino que, por el contrario, abrumará con la duda su inteligencia, arrancará la esperanza del corazón y, sin ley ni esperanza le entregará al dominio de las pasiones, que le harán temporal y eternamente infeliz.

Y ¿qué sería de vuestros hijos? ¿Qué dirían de vosotros, si, hoy felices al amparo de la religion católica, bendecidos por Jesucristo, se vieran mañana víctimas de la seducción y fuera del camino del cielo? La culpa sería vuestra, que no habíais contribuido á cerrar la entrada de vuestros hogares á los apóstoles del error.

No los admitais, pues, entre vosotros: para que se conviertan, la Iglesia envía sus misioneros, y si quieren venir á nuestra España, que vengan, pero que vengan á instruirse, no á pervertir: entonces buscarian doctores, no incautos y sencillos que corromper; y, si nada les importa la religion, que nos dejen adorar tranquilos á nuestro Dios al pié de los mismos altares, donde tantas veces hemos hallado el consuelo en nuestras aflicciones, y donde únicamente podemos hallar la verdadera libertad y felicidad de la vida presente, prenda segura de la eterna felicidad.

Haced V. H. por inculcar en el ánimo de los fieles encomendados á vuestra solicitud estas verdades importantísimas; recordadles que hicieron profesion de cristianos al entrar por la gracia de Dios en el seno de la Santa Iglesia Católica, que la fé, que ratificaron en el Santo Sacramento de la Confirmacion, les estrecha á mostrarse valerosos soldados de Cristo abrazados con el escudo de fortaleza espiritual para dar, sin rebozo, decidido testimonio de esa misma fé, usando de las mismas armas cristianas de la oracion, y del consejo del divino espíritu para ser prudentes y caritativos, pero no al extremo de avergonzarse temerosos de ser hijos de Dios, y ovejas del único redil, dentro del que han de ser salvos. «Una fé, un bautismo, una cabeza visible.» Este es el emblema seguro de todo el que no sea apóstata del catolicismo. A este fin redoblad vuestro celo, A. H., en la confianza de que la gracia de Dios afirmará á las almas en la fé que recibieron, y en la doctrina saludable que las enseñeis, mereciendo con ellas la recom-

pensa de vuestros trabajos, de la que es prenda segura la bendición que con paternal amor os damos en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo. ✠ Amen.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Leon dia de la Adoracion de los Santos Reyes 6 de Enero de 1869.

Calisto, Obispo de Leon.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,

DR. D. GAVINO ZUÑEDA,

Canónigo Secretario.

*Esta carta Pastoral se leerá al ofertorio de la Misa conventual del primer dia festivo que ocurra, despues de su recibo en las Parroquias de esta nuestra Diócesis.*

---

### ANUNCIO.

Han llegado de Roma las Dispensas matrimoniales de la lista 7.<sup>a</sup> que comprende las embancadas hasta el dia 10 de Agosto. Leon 2 de Enero de 1869.—Dr. D. Gavino Zuñeda, Canónigo Secretario.